

El Republicano

SEMANARIO POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CAPITAL: Mes, 0'35 ptas. Trimestre, 1 id. Año, 4 id.
FUERA: Trimestre, 1'25 pesetas. Año, 5 id.
EXTRANJERO: Año, 7 pesetas.

PAGO ANTICIPADO

Guadalajara 7 de Diciembre de 1902

OFICINAS:

PLAZA DE MORENO, 6, PRINCIPAL

Toda la correspondencia se dirigirá al Director de «El Republicano», apartado de Correos.

TARIFAS DE ANUNCIOS

Esquelas de funeral pequeñas: En 1.ª plana, 6 pesetas; en 3.ª, 3'50 id.; en 4.ª, 2 id. Anuncios, reclamos y comunicados: á precios convencionales.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM. 40

EL ESPECTRO DE UNA IDEA

Cuando parecía sepultada ya en la inmensa tumba del pasado, cubierta con el polvo de los tiempos que fueron dando un ficticio calor á sus helados restos, cual si intentase una rebelión contra la misma muerte, la reacción se agita en su olvidada fosa, pretendiendo dar nueva vida á sus carcomidos huesos, llevar nuevas energías á sus inertes músculos..., resucitar un absurdo para enterrar una idea.

Marcha el río ora sereno, ora furioso, pero siempre hacia su fin, acercándose al mar para desvanecerse en sus agitadas ondas, y ningún obstáculo por grande que se le imagine, puede detenerle en su constante carrera, como ninguna fuerza es capaz á hacerlo retroceder.

Así el caudaloso río del progreso, siguiendo la invariable ley que regula su existencia, marcha también hacia su mar, la perfección finita, llevando por estrella polar con que fijar su rumbo y orientarse en sus días de agitación, el resplandiente astro de la libertad. Libertad que al par que dignifica al hombre, hace más meritoria de lauros y alabanzas la sabia obra del Creador.

Y sin embargo, ahora que el progreso manifiesta con más claridad su corriente, aún alientan espíritus cegados por la luz, criterios estrechos encarinados con las tinieblas, que cual otro Josué intentan detener su curso, encerrar el humano ideal en la férrea caja de la ignorancia, resucitar, en fin, el espíritu de los pasados siglos, sin notar que sus tétricos espectros no pueden respirar el aire de la verdadera vida en la atmósfera de la libertad.

Las ideas como los individuos son perecederas, viven mientras consciente é inconscientemente contribuyen al progreso, y pasada luego, valga la expresión, su edad viril, viene su decadencia más ó menos rápida, pero segura, pasando después á ese vasto cementerio llamado *Historia*, donde quedan en depósito para enseñar al hombre las fases de su constante evolución, sin que los más grandes esfuerzos puedan hacer salir de sus páginas para alentar nuevamente á aquellas venerables reliquias.

El hombre, que sujeto por su destino al yugo del trabajo, fruto maldito de su culpa, ha encontrado siempre, en medio de sus mortales sufrimientos, un consuelo en la ilusión del logro de sus nobles esperanzas; que ha hallado algún alivio en sus largos años de infernal esclavitud, en el soñado día en que se romperían sus cadenas; que tantas lágrimas y sangre ha derramado por el triunfo de su causa, que tanto ha suspirado por su libertad, hoy que aquella esperanza se realiza, hoy que alborea el codiciado día, hoy que se acerca el deseado triunfo,

hoy que el sol luminoso de la libertad extiende sus rayos bienhechores por la tierra, circundando de luz todos los cerebros, no puede, habiendo visto esa luz encerrarse otra vez en la oscuridad, no puede después de haber saboreado la ciencia, contentarse con la pasada ignorancia; no puede, al llegar en su vuelo como el águila al infinito, rastrear por él lodo; no puede habiendo sido rey, convertirse en vasallo; no puede el hombre consentir eso, ni puede tampoco consentirlo Dios, porque al desmentir el progreso se desmentiría él mismo.

Pero la contradicción es mayor, el mal tiene más hondas sus raíces, pues aquellos que doblemente obligados: primero como hombres y segundo como ministros de una idea que tanto impulso ha dado al progreso, son los que constituyen el principal elemento de esa corriente reaccionaria que todo lo envenena y languidece.

Y una vez puestos en plano inclinado de su extravío y ofuscación, convierten en bandera de sus retrógrados planes, aquella santa idea, aquel sublime ideal que apareció cuando una de sus grandes crisis conturbaban la sociedad, cuando el fin de toda la vida parecía inminente y que sirvió de tabla de salvación en aquel naufragio, curando las heridas que abrió en el corazón humano la acerada duda, el Cristianismo, que extendiendo por la tierra una doctrina toda humildad, toda caridad, basada en la igualdad, enseñó al hombre la fórmula divina del progreso.

Mas la humana soberbia que todo lo invade, que no reconoce límites á sus dominios, hubo también de aprovechar, para su obra destructora, para sus planes de ambición, esta redentora doctrina, tergiversando sacrilegamente sus luminosas ideas, pretendiendo absorber con ella el absoluto dominio en lo temporal y en lo eterno, cual si hubiese en toda la humanidad un solo hombre con suficientes derechos para utilizar como escabel de su trono los cerebros de sus iguales; y hoy que las convulsiones de nuestras revoluciones sociales sepultaron para siempre esa tiránica opresión, ese enorme sacrilegio, todavía resuena en la tierra, para oprobio de los hombres, el no extinguido eco de ese grito ronco pronunciado por seres pequeños: ¡Viva el Papa rey! es decir ¡Viva la oscuridad!... ¡Viva la muerte! Espíritus sin fe, corazones marchitos estériles de sentimientos nobles, que ellos mismos graban en sus frentes un ignominioso estigma, para que las venideras generaciones distinganlos con más claridad al hojear la historia y puedan hacerlos el blanco de sus desprecios y maldiciones.

No obstante, su empeño por obstruir la triunfal marcha del progreso

es inútil, y bien pronto caerán arrollados por su incontrastable poder.

Por lo cual es vano su cansancio, inútil su esperanza de ver cumplidos sus tenebrosos ideales; la muerte de la reacción es un hecho, pues por eso sin duda su aliento hiela, su voz suena con vibraciones cavernosas, sus ideas son lúgubres y sombrías, y esos himnos que roncós entonan, semejan cantos funerales.

ERNESTO TIRADO.

Chispazos



EL SUSTO DE DON RICARDO

Al *ex-prior* don Ricardo Martínez, que ejerce de Poncio en Orense, le han dado un gran susto, un susto horroroso: Satisfecho se hallaba y tranquilo pensando en nosotros, los que estamos en esta comarca de miel y bizcochos y en las *latas* que dió *La Colmena*, cuando entra de pronto un inglés ó alemán y anarquista con cara de loco, le dice: «Ha llegado el momento de ajustar nuestras cuentas, y espero no se haga usted el sordo.— Don Ricardo pensó en las pesetas cobradas de *monio* cuando fué Presidente por obra de amigos *celosos*, y pensó en La Pedraja, en Hernández, pensó en varios otros, que conocen sus buenas partidas, partidas de á folio. El inglés echó mano al bolsillo con aire furioso, y enseñaba un puñal que ponía el pelo á lo loco. Don Ricardo debió en el momento rezar *toce sotto* los Pecados, el Credo y la Salve. Mas suelta de pronto el inglés aquel arma homicida, descendiende de tono, y la entrega á Martínez cual grato recuerdo amistoso, que le sirva en cincuenta ocasiones de auxilio, de apoyo, y le extraiga del pie cuantos callos produzcane agobio. Respiró D. Ricardo Martínez, dió gracias al mozo, y enviólo á la cárcel al punto por ser generoso. El regalo es bonito, y el lance no fué un lance flojo. Está visto: el *ex-prior* don Ricardo se excede de bobo; trabajó porque aquí construyesen un buen manicomio, y le puede ocurrir cual á Danton, morir en sus propios inventos ó empresas un día: á manos de locos.

FRAY VELÓN.

CLERICALISMO Y RAZÓN

I

¡Miradle! alegre, jadeante, satisfecho... rebotando placer, orgullo, vanidad; en su desenvoltura se advierte un conjunto de refinada elegancia adquirida en los grandes centros aristocráticos que constantemente frecuenta; pequeño, casi liliputiense, de conformación robusta, cuello corto, de constitución plétórica, nariz

terminando en porra y mirada vivaracha; rico, inmensamente rico, con magníficos hoteles y palacios en Madrid, donde reúne la camarilla de holgazanes y desvergonzados que á diario le vuelven sordo con sus ridículas adulaciones; en su corazón, si por ventura lo tiene, jamás penetró el noble sentimiento de la caridad y de la paz evangélica; en él solo reina el odio, el rencor y la venganza.

Tal es el verdadero tipo de las dignidades de la iglesia.

Los que dentro de ella no son dignidades, tienen otro tipo mucho más repugnante, orondo, fresco y lucio, con la cara abotagada, el craneo deprimido, pómulos salientes, es por lo general el molde donde se estereotipan los clérigos inferiores; la soberbia, y en la mayoría la ignorancia, son sus cualidades especiales. No creen en lo que quieren hacer creer á los demás; una burda hipocresía reviste todos sus actos; en su mayoría son avaros, negociantes, usureros, chalanes y comerciantes en todo lo que pueden, conociendo alguno que comercia en ganados y carbón. Juran castidad, y públicamente quebrantan ese voto; (ahí están para demostrarlo las amas de todos los curatos, que bajo el pseudónimo de hermanas, primas y sobrinas, pueblan las casas de los curatos) y al quebrantarlo se rien de él ofendiendo á la moral, y siendo piedra de escándalo para las familias honradas. Para ellos no hay barrera que no puedan traspasar. Plebeyos endiosados que solo miran su egoísmo, todo lo pisotean. La honra más imaculada queda al pasar por sus labios completamente mancillada, si á ellos les conviene. La impunidad que logran por lo general ante

los pequeños pueblos sean los hombres más peligrosos para la inocencia. Atrevidos y escudados en la fábula, hacen creer al pueblo lo que quieren, amenazándole con la pavorosa ilusión de la eternidad, que supone el terror de los vivos, la cárcel de los muertos, vano sueño de vanos corazones, llamado infierno, cuyo sistema de opresión, él, suponiéndose representante de Dios en la tierra, coloca á vil precio en manos de los déspotas. Ese dogma funesto que implanta en los buenos corazones el remordimiento, y les arranca la paz, solo propio de aquellos que de un Dios cuando quieren hacen un tirano... ya abriendo los cielos á quien paga bien, ya abriendo el infierno á quien no tiene blanca, ya creando allí una casa de banca llamada Purgatorio, contra la que á diario libran letras de anticipado cobro, en contra de las almas que suponen, sofisticadamente, que allí se encuentran. Que lleno su corazón de viles pasiones, atribuyen á su Dios la cólera, la venganza, los vicios todos, negros enjambres que le hierven en el cuerpo; y ya sañudo ministro de las alturas, cubre con velo compacto y venerando la satisfacción atroz de atroces odios, poniendo su mira en el extrago de la inocencia; ó ya quiere mantener áspero dominio sobre todos sus semejantes. ¡Ahí lo teneis! Lleno de un Dios tan malo como él... ¡Miradle! citando ejemplos terribles, en que aterrada la fantasía vea en su Dios un verdugo, la víctima su pueblo; el pavor en sus ojos; en las manos la muerte; envuelto en nubes llenas de truenos y rayos; convertido en omnipotente tirano de Israel; allá brama del Sinaí; allá tiembla la tierra... y el hipócrita feroz, Moisés astuto, ejecutor de sus decretos, dice al ignorante pueblo: «estas son palabras de Dios: vé, ministro fiel de furiosos; corre, vuela á vengarme; sea la rabia de hambrientos leones menor que la tuya; mi poder, mis fuerzas te confío; mi antorcha invisible te precede; de los impíos, de los ingratos que me ofenden hunde el hierro en su cerviz rebelde; extermina, destruye, reduce á cenizas las sacrílegas manos que me injurian... sepulta mis víctimas en el infierno y... tiembla si me retardas la venganza.»

Ese que con su Dios acabamos de pintar es el clero: es el retrato de la generalidad de sus dignidades: es la representación de la iglesia: semblanza más perfecta no pudiera darse, á no ser en la sublime epístola á *Mirilla* del gran poeta *Bocage*, de la que he tomado el pensamiento:

Hay Dios; pero es Dios de paz, Dios de amor;